

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.
Trimestre.. . . 24.
FUERA DE ELLA.
Trimestre.. . . 30.
NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO, UN REAL.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO
Y CARTAGENA ILUSTRADA.
Trimestre.. . . 28 rs.
Fuera id.. . . 34.
NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 r

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Sábado 7 de Marzo.

El Eco de Cartagena.

¿QUE SUCEDE?

Todo son misterios, reuniones, conciliábulos y ofrecimientos para un día que aseguran no estar lejano.

Todo se dice en silencio y apenas oye el que tiene interés en escuchar.

De una parte miradas recelosas, de otra rostros altaneros y siempre ese impenetrable misterio, que debe reconocerse por principal causa (según se desprende de varias palabras incoherentes cogidas al vuelo por un observador perspicaz) algún hecho que se pretende llevar a cabo y que podrá ser de mas ó menos importancia para el resto del país, pero de ninguna trascendencia para este pueblo, que no puede acudir aun el sopor que va cortando paulatinamente su trabajada existencia.

¿A que esos misterios, á que esas reuniones, á que esos conciliábulos y ofrecimientos, cuando todos somos, ó debíamos ser, lo mismo y todos pensamos, ó debíamos pensar, de idéntica manera?

¿Acaso existen entre nosotros, quienes afilan en la oscuridad el puñal parricida? ¿Hay alguno que pretenda traer de nuevo á la sufrida ciudad, aquellas ideas y aquellas cosas que dieron por resultado la deshonra, la ruina y el completo descrédito de nuestro pueblo?

No, no es posible que esto suceda.

Si Cartagena abrigase todavía en su seno á esa raza de infames, Cartagena sería maldita y maldita para siempre.

Pero es inútil que nos esforcemos sobre esto. Aquí no hay mas que cartageneros, hombres honrados, unidos por una misma idea, enlazados por una aspiración común á

todos, ligados por la desgracia y dispuestos á sacrificar su reposo, su bienestar y sus vidas, si necesarias fuesen, en defensa de lo único que puede salvarnos, de lo único que puede ennoblecernos, de lo único también que puede mejorar nuestro modo de ser, en defensa del trabajo, del orden y de la justicia.

Esto es lo cierto y todo lo demás un absurdo que ni queremos pensar en él.

Crear que es hacedero romper las ligaduras con que todos los cartageneros nos hallamos unidos y que están formadas con la sangre y las lágrimas de tanta inocente víctima, es creer un imposible, es como si nosotros creyésemos que el pueblo olvidará en breve los tormentos que ha sufrido y las vejaciones, sin ejemplo, de que ha sido objeto.

Prender esto, repetimos, es pretender un absurdo. No hay, ni puede haber inteligencia tan mezquina que así no lo comprenda.

Los sacudimientos políticos que no llevan tras de sí mas que un cambio de forma; las insurrecciones que pasajeras cruzan por una ciudad, dejando en ella una idea nueva ó un pensamiento, aun cuando realizable, se relegan al olvido frecuentemente, se abandonan y hasta se sepultan por completo, pero una insurrección que comenzó atacando la familia y destruyendo la religion, y ha terminado con la ruina de una ciudad rica y floreciente, con la deshonra de un pueblo sensato y laborioso y con la maldición eterna del mundo civilizado, no puede olvidarse jamás; esa insurrección vive y vivirá siempre en la memoria de todos nosotros, por que ha abierto en nuestros corazones una llaga que destila sangre.

Por eso decimos que no es posible volver aquí, á este pueblo, ideas y cosas que han causado su ruina y su descrédito: por eso decimos que es un sueño y un sueño irrealizable.

Pero, ¿á que entonces esos conciliábulos, esas reuniones y conciliábulos

que á nada conducen, ni á nada pueden conducir? ¿A que esas miradas recelosas, esos altaneros rostros, cuando á todos nos guía una misma cosa y el mismo propósito?

Y es que cuando la ambición in-noble, raquítica, miserable, se apodera de nuestros corazones y ocupa nuestra inteligencia, siquiera un momento, todo á ella lo sacrificamos, todo es pueril si la ambición no queda satisfecha, todo es nada, comparado con el logro de nuestro deseo.

Esas ambiciones insensatas que se ocultan bajo una hipócrita modestia, deben desaparecer y para siempre, por que en este país, no es posible ya el engaño, no es posible la farsa, ahora que tan recientes están las heridas abiertas por causa de una mentira horrible, mentira que alhagando ha seducido, mentira rastrea que ha sido causa de nuestras desdichas.

A nadie nos dirijimos, pero todos deben prepararse por no ser de nuevo conducidos al sacrificio.

Si hay una voz que aconseje al pueblo lo que su conciencia no le dicta y su razón rechaza, si misteriosamente se pretende despertar de nuevo el sentimiento público en bien de una idea política ó de un partido determinado y se quiere de este modo levantar á su sombra caudillos que le engañen y le deshonren, no haya para ellos mas que el desprecio y el olvido que se merecen por su insensatez.

Nos parece imposible, y cuando á nuestra vista se presentan esos arcanos impenetrables, aun dudamos de lo que vemos: y es que á todos los juzgamos por nuestro leal y franco corazón y todos nos parecen igualmente buenos, francos y leales.

Acaben, pues, de una vez esos conciliábulos, esas reuniones misteriosas y esas miradas incomprensibles que á nada conducen, ni á nada tampoco pueden conducir y abandonando por completo las ideas políticas que cada cual pueda sustentar, agrupémonos todos con el objeto de hacer país, de hacer tranquilidad, de sostener el orden y de cimentar

la justicia, que son los únicos principios constitutivos de toda sociedad.

HOMBRES

Y COSAS DE CARTAGENA.

por J. L. Combar, de la Comuna de París.

VIII.

Cuando muy apremiantes y extremas necesidades justifican las incautaciones de artículos de comer, beber y arder, las creos legales (legales hasta donde alcance la posibilidad de restitución ó indemnización) en las ciudades sitiadas ó bloqueadas. Pero deben ir necesariamente acompañadas de mucha prudencia y responsabilidad. A hora bien estas dos condiciones faltaban absolutamente en las incautaciones cartageneras, y las formalidades con que se llevaban á cabo eran completamente inútiles.

Há aquí como se procedía al empesar el aceite.

Des factores de la intendencia, dirigida entonces por el ciudadano Pugnaro, visitaban las casas y almacenes en que se suponían poder encontrar artículos alimenticios de primera necesidad. Estos factores valaban aproximadamente la cantidad de los géneros, y daban cuenta al intendente, quien decretaba, según las necesidades, ó la incautación inmediata ó la toma de nota para el porvenir. En el acto de la incautación intervenían un agente de orden público, uno de los factores de la intendencia y dos testigos. Esta representación de la administración y de la autoridad era suficiente, y los dos testigos podían muy bien ser dos personas puestas de acuerdo con los citados agentes.

Así se comprende que grandes cantidades de géneros alimenticios, telas y calzados registradas en el acta de este ó el otro almacén, una vez efectuada la incautación, entrasen completamente revueltos, corregidos y... disminuidos en los depósitos del arsenal. En el aceite, especialmente, era donde se operaban estas sustracciones; y sin embargo, el aceite empezó á ser desde mediados de setiembre un artículo raro y precioso. Muchas veces tuvo ocasión de oír afirmar, por boca de algunos altos empleados de la intendencia, que se había descubierto una importante cantidad de aceite, suficiente para racionar la plaza durante veinte ó treinta ó cuarenta días, y sin embargo, ocho días habían transcurrido apenas cuando el aceite faltaba ya de nuevo. Y así en otra infinidad de géneros. Un día se descubrió por fin, que un individuo de esta administración, de acuerdo con otros empleados, ven-